

BP

La biblioteca del
PASTOR

EL PASTOR Y EL SUPREMO DIOS DE LOS CIELOS

Perspectivas teológicas y prácticas
sobre la persona y obra de Jesús

JOHN MACARTHUR
EDITOR GENERAL

NUN

www.EditorialNivelUno.com

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

MANTÉNGANSE ALERTA;
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;
SEAN VALIENTES Y FUERTES.
—1 CORINTIOS 16:13 (NVI)

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, FL 33331
www.editorialniveluno.com

©2018 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-55-5

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Copyright ©2018 por John MacArthur

Publicado originalmente en inglés bajo el título:

High King of Heaven

by Moody Publishers

820 N. LaSalle Blvd. IL. 60610 U.S.A.

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional' NVI' ©1999 por Biblica, Inc.®. Usada con permiso.

Printed in the United States of America
Impreso en Estados Unidos de América

18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Prefacio 7

PRIMERA PARTE: LA PERSONA DE CRISTO

1. El Verbo eterno: Dios el Hijo en la eternidad pasada
— Juan 1:1-3 13
Michael Reeves

2. Hijo de Dios e Hijo del Hombre — Mateo 26:63-64 23
Paul Twiss

3. La relación del Hijo con el Padre — Isaías 50 36
Mark Jones

4. El nacimiento virginal — Mateo 1:18-25; Lucas 1:26-38 46
Keith Essex

5. El Pan de vida — Juan 6 59
Ligon Duncan

6. El Buen Pastor — Juan 10 68
Steven J. Lawson

7. El camino, la verdad y la vida — Juan 14:6 84
Miguel Núñez

8. La Cabeza de la iglesia — Colosenses 1:18 100
Mark Dever

SEGUNDA PARTE: LA OBRA DE CRISTO

9. Se vació a sí mismo: La kénosis — Filipenses 2:5-11 117
Mike Riccardi

10. En lugar nuestro: La expiación — 2 Corintios 5:21 129
Matthew Barrett

11. Venció tumba: La resurrección — 1 Corintios 15:1-20 146
Tom Pennington

12. Por encima de los cielos: La ascensión — Efesios 1:15-23 165
H.B. Charles

13. El regreso del Rey: La segunda venida
— 2 Tesalonicenses 1:5-10 177
Michael Vlach

TERCERA PARTE: LA PALABRA DE CRISTO

14. No hay otro evangelio: El verdadero Evangelio de Cristo
— Gálatas 1:6-7 191
Phil Johnson
15. Cristo y la finalización del canon — Juan 14—16 211
Brad Klassen
16. Cristo en el Antiguo Testamento — Lucas 24:25-27 229
Abner Chou
17. Cristo, la culminación del Antiguo Testamento
— Lucas 24:27, 44..... 246
Michael Grisanti

CUARTA PARTE: EL TESTIGO DE CRISTO

18. Desde el inicio con Moisés: El Antiguo Testamento
testifica del Mesías sufriente — Lucas 24:27 271
Iosif J. Zhakevich
19. Jesús es mejor: La última palabra — Hebreos 1:1-3 286
Austin Duncan
20. Sal y luz: El testimonio del creyente en Cristo en una
sociedad impía — Mateo 5:14-16 298
Albert Mohler
21. Contado por digno: Sufrir por Cristo en un mundo
que lo odia — Hechos 5:41 309
Paul Washer
22. Alrededor del trono: El testimonio celestial de los redimidos
ante la obra del Cordero — Apocalipsis 4—5 324
Conrad Mbewe
23. ¿Me amas?: La respuesta esencial al supremo Rey del cielo
— Juan 21 336
John MacArthur
- Notas 351

PREFACIO

JOHN MACARTHUR

Hace algunos años, me pidieron que escribiera un libro sobre mi pasaje favorito de las Escrituras. Sin embargo, elegir un texto así es difícil, ya que considero como favorito cualquiera de los versículos sobre los que predico. Pero como me pusieron contra la pared, para que me decidiera al respecto, escogí el versículo que define más claramente la santificación. A este punto, la elección y la justificación son temas del pasado. La glorificación pertenece al futuro. Entre nuestra justificación y nuestra glorificación está el constante trabajo de Dios en nosotros, que nos separa del pecado y aumenta nuestra semejanza a Cristo. Esto es santificación y es la presente obra de Dios en cada creyente hasta que alcancemos la gloria. El versículo que mejor revela esta obra del Espíritu Santo es 2 Corintios 3:18: «Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu».

No estamos bajo el carácter sombrío, velado y desvanecido del pacto mosaico. Vivimos bajo el nuevo pacto, iniciado por la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo. La luz ha brillado y nuestros velos se han eliminado. El misterio del antiguo pacto ahora se revela en Cristo. Al contemplar la revelación del Señor Jesucristo desde Mateo hasta Apocalipsis, tenemos una visión clara de la gloria de Dios reflejada en su rostro. La Escritura afirma que el Espíritu Santo nos está transformando en forma continua y creciente en esa gloria. Esa es la esencia y el meollo de lo que significa ser santificado. Al observar la majestuosidad de la revelación de Jesucristo, la plenitud de Cristo llena su mente y cautiva su alma, y el Espíritu de Dios usa la realidad de ese entendimiento para moldearle a su imagen. Cuanto más conoce a Cristo, más

lo refleja. Por tanto, conocer a Cristo es crucial para nuestra existencia como cristianos.

Todo en Él está más allá de explicación humana alguna. Todo en Él es sorprendente, admirable, impactante y extraordinario. Todo en Él me llena de asombro. Él es la persona más magnífica, la más hermosa, la más noble y la más maravillosa que uno pueda conocer, y mucho más cuando hablamos de conocerlo en persona. Siempre me fascina cada detalle sobre Jesucristo. Él se convierte en el propósito de todo estudio de la Biblia, el objetivo de toda predicación y el poder de toda la vida cristiana.

Al reflexionar en mi vida, en todos los años de estudio y en las miles de horas que he pasado en las Escrituras, me doy cuenta de que —sea que esté escribiendo libros o preparando sermones, escribiendo notas para una Biblia de estudio o un análisis teológico—, todos mis esfuerzos por comprender la Palabra de Dios no terminan con ese entendimiento. Mi objetivo nunca ha sido conocer los hechos de la Biblia. Ese no es el final; es solo el medio para alcanzar un fin. Quiero conocer a Cristo. Pablo afirmó: «Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo» (Filipenses 3:8). La alegría de mi vida es contar todo como pérdida por conocer a Cristo en las Escrituras. Cuanto más estudio la Biblia, más glorioso es Cristo para mí. Cuanto más entiendo a Jesucristo, más completo es mi amor, mi obediencia, mi adoración y mi servicio a Él.

El objetivo de las Escrituras es revelar a Dios y al Señor Jesucristo para que usted sea limpiado. La revelación de nuestro Señor tiene tal poder que el creyente debe experimentar lo que el escritor de himnos llamó «estar absorto en admiración, amor y alabanza».

Santificación no es conocer la Biblia. Más bien es conocer a Cristo. No conocerlo bien impide que lo adoremos, por lo que ninguna cantidad de música y ninguna cantidad de melodramas que afecten el estado de ánimo pueden producir una verdadera adoración, dado que la adoración solo puede manifestarse por una abrumadora atracción hacia Cristo.

No hay forma de que yo pudiera haber buscado el conocimiento de Cristo como lo hice en el ministerio, si no me hubiera comprometido con la exposición bíblica. La alegría de profundizar en cada texto no es

para que los sermones sean mejores, sino para buscar el conocimiento de Dios a través de la gloriosa revelación de Cristo. En realidad, predicar sermones no es lo que me atrae del ministerio. Lo que me cautiva es la búsqueda del conocimiento y la plenitud de Cristo.

Es mi responsabilidad abrir cada escondrijo, cada rendija que pueda hallar, y declarar cada expresión que Dios nos haya entregado acerca de la majestad de su Hijo, de modo que podamos contemplar su gloria resplandeciendo en su rostro y ser transformados a su imagen, al ser movidos de un nivel glorioso a otro por medio del Espíritu Santo.

Es con ese fin que se escribió este libro. Cada uno de los colaboradores exalta y ensalza una faceta exclusiva del diamante que es Cristo. Oro para que cada capítulo le haga contemplar la gloria de nuestro supremo Rey del cielo y genere una transformación inevitable en esa misma imagen.

PRIMERA PARTE
LA PERSONA DE CRISTO



1

EL VERBO ETERNO: DIOS EL HIJO EN LA ETERNIDAD PASADA

MICHAEL REEVES

Juan 1:1-3

«En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir» (Juan 1:1-3).

A menudo las frases populares nos son familiares por lo poderosas que son o por la forma en que han transformado al mundo. Se conocen por el modo en que se definen, eso es lo que vemos en el primer capítulo del Evangelio según San Juan. Esas palabras son revolucionarias. Hacen que la cristiandad se distinga gloriosamente de cualquier otro sistema de creencias.

EL VERBO ETERNO

Lo que el apóstol Juan hace es interpretar simplemente lo dicho en Génesis 1. Ahí, en el mero principio, en Génesis 1, vemos cómo el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. ¿Por qué hacía eso? Por la misma razón que un tiempo más tarde revoloteó sobre las aguas del Jordán, cuando Jesús fue bautizado. El Espíritu estaba allí para ungir al Verbo cuando este salió a hacer su obra. En la creación y en la salvación, en la creación y en la nueva creación, el Espíritu unge al Verbo; así es que Dios habla y, con su sople divino, su Verbo o Palabra se difunde. Y cuando esto ocurre, surgen la luz, la vida y toda la creación.

No es que el Verbo vino a existir, en el principio, cuando empezó la creación (Juan 1:3). No, Él no es una criatura. Aquí está el Verbo que estaba con Dios y que era Dios. Ahora, eso solo nos dice algo distintivo, extraordinario y simplemente encantador acerca de este Dios. Porque no es simplemente que aquí hay un Dios que habla (se dice que los dioses de la mayoría de las religiones hablan en algún momento). No, esta es una demanda diferente.

Por propia naturaleza, Dios tiene Verbo, con Él habla. Él no puede existir sin palabras, porque la Palabra o el Verbo es Dios. Él no puede estar sin su Palabra. Es un Dios que no puede ser otra cosa que comunicativo, afectuoso, extrovertido. Puesto que Dios no puede estar sin esta Palabra, tenemos un Dios que no puede estar solo.

Esta Palabra resuena por la eternidad, nos habla de un Dios incontenible, un Dios exuberante, sobreabundante, desbordante, que no necesita de nada ni de nadie; un Dios que es supremamente pleno: un glorioso Dios de gracia. Un Dios al que le encanta entregarse a sí mismo.

Lo que dominaba la mente de Juan, cuando escribió estos versículos iniciales, es Génesis 1. «En el principio»; «Esta luz resplandece en las tinieblas» (Juan 1:1, 5). Esto nos ayuda a ver que la idea bíblica de Juan sobre lo que significa «palabra» es de origen hebreo. No es una adaptación helenística de la fe.

Sin embargo, para apreciar con mayor profundidad lo que Juan quiso decir al escribir sobre la «Palabra», vale la pena considerar algo más del Antiguo Testamento en lo que parece haber estado pensando. Sin dudas, el primer capítulo de Génesis es predominante. Pero en el versículo 14 de su primer capítulo, Juan escribe que el Verbo «se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria». Aquí, Juan escoge un vocablo inusual para expresar lo que quiere decir.

Él escribe, un poco más literalmente, que la Palabra «armó su tienda» (es decir, habitó) entre nosotros. Además, al mencionar la gloria, parece claro que Juan está pensando en el tabernáculo, la tienda donde el Señor vendría y estaría con su pueblo en el desierto, y donde se vería su gloria. Así como los israelitas vieron la resplandeciente nube de gloria que llenaba el tabernáculo, también nosotros vemos la gloria de Dios en la Palabra.

Es una gloria extraordinaria la que vemos en aquel que se hizo carne y habitó entre nosotros. Sin embargo, en su humildad —tanta que

no tenía almohada—; en su sumisión, en su gracia, en su rectitud, en su gentileza, en su fidelidad; y en su compasión —que hizo que recorriera todo el camino hasta la cruz—, vemos su gloria; una gloria diferente a la de cualquier otro.

Ahora bien, en lo más interno del tabernáculo, el Lugar Santísimo, se describe al Señor como entronizado entre los querubines del propiciatorio en el arca del pacto (Levítico 16:2; 1 Samuel 4:4). Y dentro de esa arca o trono dorado se guardaban las dos tablas en las que estaban escritas las diez «palabras» o mandamientos: la ley, la Palabra de Dios. Para los israelitas, eso modelaba la verdad de que la Palabra de Dios pertenece a la presencia, al mismo trono, de Dios.

La Palabra o el Verbo de Dios, por tanto, es esa Persona que pertenece a la intimidad más profunda, esencial y cercana a Dios, y que muestra la realidad más íntima de lo que Dios es. «El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es» (Hebreos 1:3). Porque Él mismo es Dios. Él es el «Amén, el testigo fiel y veraz, el soberano de la creación de Dios» (Apocalipsis 3:14).

Este fue el tema que generó la batalla más grande que la iglesia ha peleado en los siglos posteriores al Nuevo Testamento: defender la creencia de que Jesús es verdaderamente Dios, nada menos que el propio Señor Dios de Israel.

Que Él es, como se consagró en aquellas conmovedoras palabras del Credo de Nicea: «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre». Esas palabras doctrinales son dinamita pastoral. El gran teólogo puritano John Owen vio esto con gran claridad en su maravilloso libro *Comunión con Dios*.¹ Owen explicó en el primer tercio de su obra cómo muchos cristianos operan bajo la errónea idea de que tras el misericordioso Jesús, amigo de los pecadores, hay un ser más siniestro, más pobre en compasión, en gracia, belleza y bondad, de quien nos gustaría conocer menos.

Owen señala que, puesto que Jesús es esta Palabra, podemos deshacernos de esa idea horrible. No hay otro Dios en el cielo diferente a Jesús. Él es uno con su Padre. Él es la Palabra, la huella, la expresión, el resplandor, la gloria de lo que es su Padre. Si uno lo ha visto, ha visto a su Padre. Y eso significa que, a través de Cristo, uno sabe cómo es Dios en verdad. A través de Cristo, veo cuánto detesta Dios el pecado. Por

medio de Cristo veo que, al igual que el moribundo ladrón pecador de la cruz, yo también —pecador como soy—, puedo clamar a Él y decirle: «Acuérdate de mí», porque sé cómo va a responder. Aunque soy espiritualmente cojo, leproso, enfermo y sucio, puedo llamarlo. Porque sé exactamente cómo es Él con los débiles y los enfermos.

Stephen Charnock, otro gran predicador puritano, escribió lo siguiente:

¿No es Dios el Padre de las luces, la verdad suprema, el objeto más deleitable?... ¿No es Él luz sin tinieblas, amor sin crueldad, bondad sin mal, pureza sin mácula, todo excelencia por agradar, sin espacio para lo ingrato? ¿Acaso no están todas las cosas infinitamente por debajo de Él; mucho más abajo de lo que una camionada de estiércol estaría de la gloria del sol?²

¿No es ese el deleite en Dios que queremos para nosotros y para cada creyente? Charnock era un hombre enamorado de Dios, uno que a través de los vendavales y las tormentas de la vida, parecía llevar consigo la esencia de la claridad: su conocimiento de Dios. Pero, ¿de dónde procedía tal alegría? Charnock no podría haber sido más claro: el verdadero conocimiento del Dios viviente se encuentra en y a través de Cristo. Lo que vemos en Cristo es tan hermoso que puede hacer que los tristes canten alegres y los muertos vuelvan a la vida:

Nada de lo que venga de Dios puede el creyente verlo mal, y menos a través de Cristo. El sol se eleva, las sombras se desvanecen, Dios camina sobre almenas de amor, la justicia se rinde al Salvador, la ley es desarticulada, las armas caen, su pecho se abre, sus entrañas anhelan, su corazón late, todo él rebosa de dulzura y amor. Y esta es la vida eterna, conocer a Dios creyendo en las glorias de su misericordia y su justicia en Jesucristo.³

En Jesucristo, intercambiamos oscuridad por luz al meditar en Dios. Porque, a diferencia de todos los ídolos de las religiones humanas, Él nos muestra —a cabalidad— a un Dios inigualablemente deseable, un Dios justo y bondadoso, un Dios que nos hace temblar de asombro y regocijarnos maravillados.

Otro gran beneficio pastoral proviene del versículo 3: «Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir». Cristo, el Verbo eterno, es aquel por quien todas las cosas fueron hechas. Pero el pensamiento secular occidental ha hecho pasar esto como un ácido que corroe la iglesia. Y ha dejado a muchos cristianos con la sospecha de que, aun cuando es salvador, Jesús no es realmente el Creador de todo. De manera que cantan al amor de Dios los domingos y creen todo lo que se dice en la iglesia; pero al regresar a casa, al tropezar con las personas y los lugares que atraviesan, sienten que ese no es el mundo de Cristo. Como si el universo fuera un lugar neutral, un terreno secular. Como si el cristianismo fuera un adorno o un accesorio. Y Jesús se redujera a algo poco más que un mordisco reconfortante de chocolate espiritual, una opción junto con otros pasatiempos, un amigo imaginario que «salva almas» pero no más.

La Biblia no habla de ese ridículo y risible chico. «Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para el cual vivimos; y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos» (1 Corintios 8:6). Él es la Palabra, el agente de la creación que continúa defendiendo y sosteniendo la creación que hizo.

Desde el más insignificante erizo de mar hasta la estrella más refulgente, todo lleva su magnífico sello. Los cielos no pueden más que declarar su gloria, porque son su artesanía, y continúan asidos a Él. Su carácter está grabado en todo el universo tan profundamente que aun pensar en contra de Cristo, el Logos, es opuesto a la lógica y raya en la locura, y así es el necio que dice en su corazón: «No hay Dios» (Salmos 14:1). En el mundo de Cristo, nuestras facultades funcionan mejor en la medida en que se alineen con la fe en Él. Entonces seremos más lógicos, más vibrantes, más imaginativos y más creativos, ya que estamos trabajando con el mapa del universo tal como Él lo hizo.

EL HIJO ETERNO

Hay, sin embargo, otro título eterno de Cristo que comienza a presentarse en el prólogo de Juan.

En los primeros versículos, Juan se enfoca en el título «el Verbo». Pero se aparta de esto en el versículo 12. «A todos los que lo recibieron,

que creyeron en su nombre, les dio el derecho de convertirse en *hijos* de Dios» (énfasis añadido). ¿Cómo es eso? «El Verbo, o la Palabra, se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, la gloria como del único *Hijo* del Padre, lleno de gracia y de verdad» (v. 14, énfasis añadido). Además, «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer» (v. 18).

Porque además de ser la Palabra eterna de Dios, es también el Hijo eterno de Dios. En esos títulos, se puede captar cierta diferencia significativa. «Palabra» es un título que se refiere más a su unidad con Dios, al hecho de que Él es Dios; «Hijo» hace evocar otra tierna verdad: que tiene una relación real con Dios, su Padre.

Una vez más, el cristianismo tiene mucho más que cualquier otro sistema de creencias en el mundo. Es una verdad infinitamente superior con la que ninguna mente jamás ha soñado. Lo que Juan afirma es que Dios es un Padre eterno que ama a su Hijo. (Acerca del Espíritu Juan hablará luego.) Más adelante, en Juan 17:24, escribe lo que Jesús dijo: «Padre... porque me amaste desde antes de la creación del mundo». Todos los demás sistemas de creencias en la historia han tenido la nada fundamental o el caos esencial del que todo surge, uno o varios dioses que solo quieren notoriedad. Tales dioses inventados quieren servidores o compañía, y esa es la razón por la que crean o dicen crear. Pero aquí, en el Evangelio de Juan, vemos un Dios completamente diferente: un Dios Todopoderoso que es amor.

En su primera epístola, Juan escribiría que «Dios *es* amor» (4:8; énfasis añadido), porque este Dios no sería lo que es si no amara. Si en algún momento el Padre no tuviera un Hijo a quien amar, simplemente no sería Padre. Para ser lo que es, entonces, debe amar. Ser Padre significa amar, dar vida, engendrar al Hijo.

La filiación eterna con Cristo es una verdad muy preciosa para los cristianos. Y Arrio lo comprobó en el siglo cuarto al negarlo. Arrio vio que no había tal Hijo. Es decir, en algún momento, Dios creó al Hijo.

Sin embargo, así es como Arrio vio a Dios. Era obvio, pensó, que Dios no quería ensuciarse las manos creando el universo. De modo que creó al Hijo para que hiciera ese trabajo por Él. Primero que nada, eso significa que Dios no es Padre eterno, puesto que no tiene un Hijo eterno. De hecho, tampoco es realmente Padre. Tenemos el principal consuelo del «Padre nuestro que estás en los cielos».

En segundo lugar, para Arrio, no es que el Padre realmente amara al Hijo; el Hijo era solo su obrero contratado. Y si la Biblia alguna vez habló del agrado del Padre con el Hijo, solo pudo haber sido porque este había hecho un buen trabajo. Eso, presumiblemente, es la manera de entrar ante el dios de Arrio: sin Hijo eterno, sin Dios paternal, sin evangelio de gracia.

Para Arrio también existía el problema de la motivación del Hijo. Y piensa en Filipenses 2 e imagina que el Hijo era una criatura que nunca se había sentado en el trono celestial a la diestra de Dios. Y se cuestiona, ¿por qué se humillaría a sí mismo aun contando con un estado exaltado, semidivino y angelical en el cielo? ¿Por qué se humillaría a sí mismo al punto de sufrir la cruz? ¿Cuál sería su motivación?

De acuerdo a esa perspectiva arriana, su motivación debe haber sido que Dios lo exaltara a una gloria celestial que nunca antes había conocido. Por tanto, lo hizo en favor de sí mismo. Pero eso no es posible con el Hijo eterno. Al Hijo eterno, Dios no lo usa como ayudante contratado, ni tampoco este usa a Dios para obtener gloria celestial. Él ha estado eternamente al lado del Padre. Él es el amado eterno. Su motivación no era obtener para sí una supuesta gloria que nunca tuvo, sino compartir con nosotros lo que siempre había disfrutado: ¡la filiación! Venir a nosotros y traernos en Él a la posición exaltada que siempre había disfrutado con su Padre.

De modo que, ¿quién es el que encarna por completo lo que ofrece en el evangelio? La persona de Cristo modela la obra de Cristo y la naturaleza del evangelio de Cristo por completo. Porque el Hijo eternamente amado viene a nosotros para compartir con nosotros el mismo amor que el Padre siempre le prodiga. Él viene a compartir con nosotros y traernos a su vida, para que seamos llevados ante el Altísimo, no solo como pecadores perdonados, no solo como justos, sino como hijos amados que comparten —por el Espíritu— el mismo grito del Hijo: «¡Abba!» El amor eterno del Padre por el Hijo ahora nos cubre.

En el versículo 12 leemos: «A todos los que lo recibieron, que creyeron en su nombre, [el Hijo] les dio el derecho de ser hijos de Dios». Este es un tema que se entreteje a lo largo del resto del Evangelio de Juan. En el versículo 18, el Hijo se presenta dando a entender que está eternamente «en el seno del Padre». Él tiene esa intimidad profunda con su Padre. Más adelante, en 17:24, Jesús declara que su deseo es que los

creyentes puedan estar con Él donde esté. Y eso se modela para nosotros en la Última Cena en Juan 13. Allí leemos: «Uno de ellos, el discípulo a quien Jesús amaba, estaba a su lado», o más literalmente, «en el seno de Jesús» (Juan 13:23).

Jesús ha estado eternamente en el seno del Padre y Juan está ahora en el seno de Jesús, por lo que este puede decirle al Padre en Juan 17:23: «Tú ... los has amado a ellos tal como me has amado a mí». El mayor privilegio del evangelio —coronar nuestra elección, nuestro llamado, nuestro perdón, nuestro vestido de justicia, dar forma a nuestra santificación, dar forma a nuestra glorificación— es que el Hijo comparta con nosotros su propia filiación, para que seamos conocidos como hijos de Dios.

Sin el Hijo eterno, usted ¿no obtiene ese evangelio! Sin Hijo eterno, no hay relación fraterna. Sin Hijo eterno, no hay Padre eterno. Si Dios no es Padre, no podría darnos el derecho de ser sus hijos. Si Él no gozó de la comunión eterna con su Hijo, entonces uno tiene que preguntarse si tiene algún compañerismo que compartir con nosotros o si, incluso, puede saber cómo es ese compañerismo. Si, por ejemplo, el Hijo era una criatura y no había estado eternamente «en el seno del Padre», conociéndolo y siendo amado por Él, entonces, ¿qué clase de relación con el Padre podría compartir con nosotros? Si el Hijo mismo nunca hubiera estado cerca del Padre, ¿cómo podría acercarnos a Él? Sería incapaz de llevarnos a esa relación como «hijos de Dios».

Si no hubiera Hijo eterno, veríamos a un Dios poco amoroso y una salvación completamente diferente. Seríamos como obreros distantes que nunca escucharon las hermosas palabras que el Hijo oró a su Padre: «Tú... los has amado a ellos tal como me has amado a mí». Pero el evangelio del Hijo eterno nos brinda una gran intimidad y confianza ante nuestro Padre celestial. ¡Somos hijos amados del Altísimo!

No hay otro Dios que pueda hacer eso, que nos acerque tanto, que nos ame tanto, que nos otorgue una condición tan exaltada. Ningún otro Dios podría ganar nuestros corazones. Solo a este Dios podemos decirle con toda sinceridad: «Padre nuestro», sabiendo que oramos, como lo dijo el antiguo Juan Calvino, como si fuera por la boca de Jesús.

El Altísimo se deleita en escucharnos como sus propios hijos y disfruta nuestras oraciones como un incienso de olor dulce delante de Él. Solo con este Dios, con el Hijo eterno, la oración es un privilegio placentero.

Y, una vez más, todo esto significa que uno tiene una salvación que es por gracia de principio a fin. Si la salvación no tiene que ver con ser adoptado en la familia del Padre, no es muy claro que tiene que ser completamente por gracia. A veces hablamos como si nuestro único problema ante Dios fuera que Él es perfecto en santidad y nosotros no. Pero si nuestro único problema es que no somos lo suficientemente buenos, tendremos que darle otra oportunidad. Trataremos de organizarnos y hacerlo mejor. Pero si la salvación tiene que ver con la adopción como hijos en la familia del Padre, entonces nuestro desempeño no va a funcionar, porque sencillamente uno no puede ganarse un puesto en la familia.

La filiación (v. 12) es una bendición de Dios —convertirse en hijos de Dios— y, por lo tanto, el esfuerzo no puede hacer nada para incorporarnos a la familia. Sus esfuerzos solo pueden convertirle en esclavo, ningún esfuerzo puede hacerle hijo. Todos nuestros esfuerzos para ganar la salvación de Dios por nuestra propia fuerza solo producirán esclavitud, esclavos que no heredarán nada. Pero hay buenas noticias: ¡la filiación es gratis!

Quinientos años atrás, la desidia con el Hijo eterno y el modo en que su persona y su ser moldean al evangelio, eran el centro conflictivo de la iglesia. La persona de Jesucristo, el Verbo y el Hijo Eterno, su identidad, no formaban ni impulsaban al evangelio como la gente lo escuchaba. En el catolicismo romano medieval, Cristo fue solo el repartidor que nos trajo lo que realmente quería la gente: «gracia». Y, como un energizante espiritual para los perezosos, esa «gracia» era lo que la gente realmente quería. Era lo que necesitaban para darles la energía a fin de salir y hacer las cosas santas que les haría llegar al cielo. Entonces, el premio para el creyente era una «cosa», algo que no era Cristo. El premio era el cielo, no Cristo. Jesucristo había sido reducido a un pequeño ladrillo en la pared de ese sistema. Para ser franco, ni siquiera tenía que ser el que había ganado la gracia en primer lugar. San Nicolás, Santa Bárbara o san cualquiera podría haberlo hecho.

Luego, en la Reforma, el mundo escuchó un mensaje profundamente centrado en Cristo: uno que enfatizaba que Dios no nos da una «cosa» llamada «gracia» para energizarnos a fin de que podamos ganar el cielo. No, Dios da su Hijo, su Palabra que se hizo carne. Y es desde su plenitud que recibimos gracia sobre gracia. El Hijo eterno: Él es el

regalo del cielo. El versículo 12 dice: «a cuantos *lo* recibieron... les dio el derecho de ser hijos de Dios» (énfasis añadido). Es en Él que estamos revestidos de justicia y justificados. En Él, el Hijo, somos adoptados como hijos de Dios. Y en Él, por lo tanto, somos salvos. Y debido a que estamos en Él, somos mantenidos en esa posición.

En el pensamiento de la Reforma, Cristo es el tesoro, Cristo es nuestra seguridad. En el ideario reformado, Cristo es la joya y la piedra angular del evangelio, dándonos su forma y brindándonos un consuelo y una alegría que ningún evangelio sin Él podría igualar. En el pensamiento de la Reforma, *solus Christus* era el centro de las cinco solas, porque configuraba lo que los reformadores querían decir cuando hablaban sobre la gracia y la fe.

Sola Gratia («sola gracia»): Cuando los reformadores hablaban de la salvación solo por gracia, no querían decir que recibimos una «cosa» llamada gracia, sino que recibimos a Cristo por la misericordia de Dios.

Sola Fide («fe sola»): La fe no es algo que hacemos; es la mano vacía que recibe a Cristo.

Sola Scriptura («Escritura sola»): Las Escrituras, nuestra autoridad suprema, nuestro fundamento más profundo, se refieren a Él.

Soli Deo Gloria («solo la Gloria a Dios»): Si usted supiera cómo darle a Dios solo la gloria, exaltaría a Jesucristo. Porque solo a través de Cristo es glorificado el Dios viviente.

Así que prediquemos a Cristo: solo Cristo, el Verbo eterno, la Palabra eterna, el Hijo eterno. Porque no hay evangelio sin Él. Usted puede hablar de la gracia, puede hablar de fe, puede hablar de esperanza, puede hablar del evangelio, puede hablar solo de la gracia. Pero nada de eso es evangelio si no predica solo a Cristo.

Este es el centro al que debemos aferrarnos. Y como vemos en Él la irradiación de la gloria de Dios, ¿qué mejor centro con el cual comprometernos? En toda nuestra predicación, predicamos a Cristo, solo a Cristo. Nosotros lo predicamos a su pueblo, al mundo, a nosotros mismos. Predicamos de su persona gloriosa y su obra suficiente, y eso es lo que honra a la Reforma. Ese es el inicio de toda la Reforma. Esto es lo que reformará vidas y reformará la iglesia en nuestros días. Porque cuando solo Cristo es fielmente predicado, el mundo podrá ver su gloria. Esa es la única luz que vencerá y expulsará toda oscuridad.

Le invitamos a que visite nuestra página web donde
podrá apreciar nuestra pasión por la publicación
de libros y Biblias:

WWW.EDITORIALNIVELUNO.COM



www.EditorialNivelUno.com
Para vivir la Palabra